

del médico y de la medicina, por lo mismo que está enfermo. Comulgar, y quedarse siempre en las mismas imperfecciones, es morir de hambre en medio de la abundancia; uno y otro indicio verdaderamente fatal. Malo está el que mira con horror las mas saludables viandas: no está mejor el que comiéndolas no le aprovechan. Pretexto especioso, pero vano, aquel afectado respeto de que algunos se precian, para ocultarse á sí mismos su propia indevoción: no es buen espíritu el que desvia las almas de la sagrada mesa. Aun no son tan impíos que se atrevan á llegarse á ella indignamente; conocen que es preciso disponerse para hacerlo, y esta disposición los ata, y los detiene. Es preciso privarse de ciertos gustos, mortificar los sentidos, vivir con algun recogimiento, retirarse por lo menos el dia antes de la comunión. A esto no se acomoda el amor propio, y recurre al artificio. Hácese presente aquel divino Sacramento rodeado de todo su esplendor: la majestad, la santidad de un Dios oculto en las apariencias de pan atemorizan: parecen que va creciendo en su alma el respeto y el temor: y en lugar de inferir de aquí que deben reformarse para hacerse menos indignos de aquel celestial convite, concluyen que deben escusarse á él; y con esta engañosa consecuencia queda desahogado el amor propio.

Reprueba siempre este error, y nunca te dejes caer en este lazo. Ten perpetuamente en la memoria los saludables consejos de S. Francisco de Sales, y síguelos.

«Si los mundanos (dice el Santo) te preguntaren porqué comulgas tan á menudo, diles, que para aprender á amar á Dios; para purificarte de tus imperfecciones; para librarte de tus miserias; para consolarte en tus aflicciones; para fortalecerte en tus flaquezas. Diles, que dos géneros de gentes han de usar de la frecuente comunión: los perfectos, porque estando bien dispuestos harían muy mal en no acercarse á la fuente de la perfección y de la santidad; y los imperfectos para hacerse perfectos. Los fuertes para no hacerse flacos, y los flacos para hacerse fuertes: los enfermos para sanar, y los sanos para no caer enfermos; y que como tú eres imperfecta, flaca y enferma, tienes necesidad de comunicar frecuentemente con él que es tu perfección, tu fortaleza, y tu médico. Diles, que las personas del mundo que no están muy ocupadas deben comulgar á menudo, porque tienen comodidad; y las que están empleadas en grandes negocios, no deben hacerlo con menos frecuencia, porque tienen necesidad de mayores auxilios; y que el que trabaja mucho en labores muy pesadas, necesita de alimentos mas sólidos, y de comer mas veces que otro. Diles, que tú comulgas

«muchas veces para aprender á comulgar bien, porque regularmente se hace mal lo que se hace rara vez.»

2 Con todo eso, acuérdate que si se obliga á entrar en la sala del convite á los gotosos, á los ciegos y á los débiles, es con la precisa condicion de que todos hayan de entrar con la vestidura nupcial. A ninguno se le dispensa en las condiciones necesarias para comulgar bien. Prepárate siempre para la comunión desde la vispera: visita con este fin el Santísimo Sacramento, y determina en particular el fruto que deseas sacar de la siguiente comunión; porque el que posee á Jesucristo se hace en cierta manera omnipotente.

## DIA III.

## MARTIROLOGIO.

— LOS SANTOS MÁRTIRES MARINO, soldado, y ASTERIO, senador, en Cesarea de Palestina, martirizados en la persecucion de Valeriano, de los cuales el primero acusado por sus camaradas de que era cristiano, y confesándolo francamente al juez que se lo preguntaba, fué por esta causa degollado, y alcanzó la palma del martirio; Asterio habiendo tendido su capa y envuelto en ella el cuerpo del santo mártir Marino juntamente con la cabeza, lo cogió sobre sus hombros, para llevarlo á enterrar, por lo cual siendo martirizado recibió el mismo honor que quiso dar á su compañero.

— EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES HEMETERIO Y CELEDONIO, en España, los cuales siendo soldados de la armada Romana acampada junto á Leon, ciudad entonces de Galicia, levantándose la tormenta de la persecucion por la confesion del nombre de Cristo, fueron presos y conducidos á Calahorra, en donde despues de sufrir muchos tormentos recibieron la corona del martirio. (Véase su noticia en las de este dia.)

— EL MARTIRIO DE LOS SANTOS FELIZ, LUCIOLO, FORTUNATO, MARCIA Y SUS COMPAÑEROS, en el mismo dia.

— LOS SANTOS SOLDADOS CLEONCIO, EUTROPIO Y BASILISCO, igualmente en el mismo dia, los cuales en la persecucion de Maximiano, siendo presidente Asclepiades, triunfaron felizmente padeciendo el suplicio de la cruz.

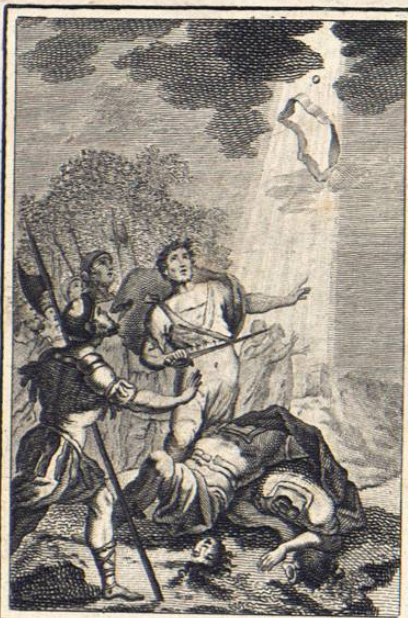
— SAN TICIANO, obispo y confesor, en Bresa.

— SANTA CUNEGUNDA, emperatriz, mujer del emperador Enrique I, en Bamberg, la cual habiendo guardado virginidad con consentimiento de su marido, colmada de los méritos de sus buenas obras, murió santamente, y despues de su muerte resplandeció en milagros. (Véase su vida en las de este dia.)

## SAN HEMETERIO Y CELEDONIO, MÁRTIRES.

ENTRE los prodigios de valor que manifestaron los mártires de Jesucristo en tiempo que los gentiles perseguian á la Iglesia con la mayor crueldad fué y ha sido memorable en todos siglos el de S. Hemeterio y Celedonio, hijos, segun refieren varios escritores, de S. Marcelo, centurion de la legion que tenian los Romanos en la ciudad de Leon, una de las principales de España, donde los Santos siguieron la profesion militar desde su juventud; los cuales educados en la religion cristiana por un padre que mereció la corona del martirio, persuadidos firmemente que fuera de ella no hay salvacion para los hombres, luego que supieron la cruel persecucion que suscitaron los emperadores de Roma contra los discipulos de Cristo, tenaces en proteger á fuego y sangre los cultos sacrilegos, que llenos de preocupacion tributaban los paganos á los ídolos; encendidos en vivísimos deseos de testificar con su sangre las verdades infalibles de nuestra santa fe, resolvieron de comun acuerdo hacerlo así, manifestando en su defensa el brio militar, de que se hallaban asistidos, ante los perseguidores. Para alentarse á una accion tan gloriosa, que serviria de ejemplo capaz de animar á no pocos fieles tímidos á vista de los estragos que en ellos hacian los gentiles, habló Hemeterio á su hermano en estos términos: *Ya sabes, Celedonio, hace muchos años que servimos á las potestades de la tierra en la guerra del mundo, sin otro objeto que el del honor y premios caducos, arriesgando nuestra vida en las funciones militares. Supuesto á que al presente se nos ofrece otra guerra mas noble, mas digna, y mas meritoria contra los enemigos de Jesucristo, cuyos premios son eternos, vamos á lograrle en un combate laudable.*

*No necesitas, respondió Celedonio, gastar palabras para animarme á que te siga en una resolucion tan acertada: estoy muy bien persuadido de la gran diferencia que hay entre los premios indefectibles del cielo y á los perecederos y temporales del mundo, que son los que pueden solamente lograr los hombres en esta vida. Hace mucho tiempo que suspiro por aquellos á costa de una espedicion que les merezca, pronto á derramar la sangre por amor de Jesucristo. Alentados los dos hermanos con estas y otras semejantes espresiones, nacidas de unos corazones abrasados en la llama del amor divino, sin esperar á ser llamados manifestaron públicamente su fe á los gentiles. Pero ó bien fuese su primera confesion en Leon de donde fueron conducidos presos*



S. HEMETERIO  
Y CELEDONIO MRS.

á Calahorra, segun quieren unos; ó ya en esta ciudad, como escriben otros, todos convienen que en Calahorra tuvieron su glorioso combate contra los enemigos de la religion cristiana, donde el gobernador romano ejecutaba con los fieles, que rehusaban sacrificios á los ídolos, sus acostumbradas crueldades: presentados al tribunal de aquel impio, le reprendieron cara á cara los dos hermanos con grande valor y espiritu la injusticia de sus procedimientos contra la inocencia de los cristianos, declamaron sobre las necedades y delirios de las supersticiones adoptadas por el gentilismo, y manifestaron con admirables discursos las verdades inefables de la religion de Jesucristo.

No es fácil poder explicar la cólera que concibió el magistrado al oír semejante lenguaje, que graduó por uno de los mas criminales atentados contra los príncipes del mundo á su presencia; y queriendo vengarse, mandó poner en una dura prision á los santos confesores, donde les tuvo padeciendo mucho tiempo con el perverso fin de prolongar su martirio, tan dilatado, que segun escriben varios, les creció escesivamente la barba y el cabello, haciéndoles despues sufrir tormentos inauditos.

Prudencio, uno de los mas antiguos, y mas célebres entre los poetas latinos, que compuso á fines del siglo iv. un poema importante, bajo el título de las Coronas, en honor de algunos ilustres mártires de España, consagra parte de él á los elogios de los dos hermanos Hemeterio y Celedonio, quejándose en los términos mas vivos de la malignidad con que los perseguidores hicieron perecer las actas ó proceso judicial, formado contra los Santos, con la impia intencion de abolir la memoria de un suceso tan memorable, robándose asi el conocimiento específico de las generosas respuestas que dieron á el juez, y géneros de penas que sufrieron. Lo que la fama pudo arrancar á esta intencion bárbara por el canal de una tradicion fiel se reduce á lo dicho, y á que los tormentos que padecieron, fueron de los mas crueles y esquisitos: así lo contesta el Padre S. Isidoro, quien escribe, que por ser tan enormes y bárbaros, tuvieron vergüenza los gentiles de que llegasen á hacerse públicos, valiéndose de todos los medios que pudieran contribuir á ocultarles, para que no se supiese en el mundo hasta donde llegó el valor de los dos esforzados militares de Jesucristo, que sufrieron todos cuantos artificios pudo discurrir la obstinada ceguedad de los paganos, con el perverso fin de rendir su constancia, porque de ello resultaria sin la menor duda la mayor confusion del gentilismo, y seria un convencimiento del ningun poder de los falsos dioses, á quienes tributaban cultos.

Ultimamente viendo los perseguidores frustradas todas sus tentativas para vencer á los santos hermanos, unos en la fe, unos en los sentimientos, unos en la fortaleza, y unos en el valor y espíritu, mandó el gobernador degollarles, no encontrado otro arbitrio: ejecutóse la sentencia en el dia 3 de marzo del año 298 segun unos, ó 306 segun otros, cerca del rio llamado antiguamente Araneto, hoy Arnedo. En el momento que les derribó las cabezas el verdugo, sucedió el prodigio, de que fueron testigos oculares los mismos gentiles, de elevarse por el viento hasta las nubes el anillo del uno, y banda del otro, lo cual se tuvo por una cierta seguridad de la gloria con que Dios recompensaba la fidelidad y pureza de los Santos, de cuyas cualidades son símbolo la banda blanca, y anillo de oro. S. Gregorio de Trous no ha olvidado esta circunstancia en el elogio que hizo de estos dos ilustres mártires, reputándola por un gran milagro.

Los venerables cuerpos de los Santos parece fueron por entonces sepultados en la ribera del rio dicho, donde se mantuvieron ocultos todo el tiempo que duró el furor de la persecucion, y descubiertos luego que cesó la tempestad: despues de sus traslaciones al monasterio de Leger en la diócesis de Pamplona, segun Yepes escribe, y de la que sostienen otros á Sellés en Cataluña (\*), de cuya verdad prescindo, se conservan hoy en la iglesia catedral de Calahorra, donde se les tributa el culto y honores correspondientes á las de patronos de la ciudad, y toda la diócesis, que por su intercesion ha conseguido del Señor muchos, y muy grandes beneficios. En quanto á las cabezas de los Santos, se cree halladas en uno de los puertos de la montaña, llamado antiguamente de S. Hemeterio, y en el dia Santander, en cuya iglesia permanecen con el honor y veneracion debida.

(\*) Tambien la ciudad de Cardona en el principado de Cataluña, obispado de Solsona, se gloria de poseer los cuerpos de los Santos Hemeterio y Celedonio, que se afirma fueron trasladados de Calahorra á la villa de Sellés en el mismo principado, y de esta villa á la dicha ciudad de Cardona, en tiempo del rey D. Martin de Aragon por su almirante el conde de Cardona; fundándose en la escritura auténtica de su traslacion, verificada á 19 de octubre de 1399, cuya copia textual puede verse en la *Historia general de los Santos de Cataluña*, escrita por el R. P. Fr. Vicente Domenec; y en el Rescripto con que D. Fernando Perez Calvillo, cardenal y obispo de Zaragoza, de comision del papa Benedicto XIII (Luna) en el año de 1400 dió facultad al abad de Besora para absolver á los cómplices en el pio hurto de dichas reliquias, que original se halla en el archivo de la abadia de S. Vicente de Cardona.

SANTA CUNEGUNDA Ó CUNEGUNDIS, EMPERATRIZ, VIUDA, Y  
VIRGEN.



STA. CUNEGUNDIS VIUDA  
Y VIRGEN.

FUÉ Sta. Cunegundis hija de Sifrido ó Sigefrido, señor palatino del Rhin, primer conde de Lucemburgo, y de Heswigis, señora de una de las mayores casas de Alemania. Salió á la luz del mundo hácia el fin del décimo siglo, y correspondió su educacion á lo alto de su nacimiento, y á la piedad de sus padres. Casi desde la cuna comenzaron á brillar las bellas prendas de que el cielo la habia dotado, sirviendo su rara hermosura y la vivacidad de su ingenio de mayor resplandor á su singular modestia. Mamó con la leche una ternísima devocion á la Santísima Virgen, y con esta devocion se la pegó aquel ardiente amor, que conservó toda la vida, á la virtud hermosa de la castidad.

El aplauso universal, y la general estimación que se granjearon las prendas de Cunegundis encendieron la inclinacion, y espolearon las diligencias de los mayores señores para pretenderla; pero logró ser preferido á todos S. Enrique, duque de Baviera, quien muerto el emperador Oton III, fué electo y proclamado rey de Romanos, coronado en Maguncia el dia 6 de junio del año 1002; siéndolo dos meses despues Sta. Cunegundis en Paderborna, cuyas iglesias enriqueció liberalmente con preciosísimos dones.

Habian nacido la una para la otra aquellas dos grandes almas, y siendo el matrimonio tan igual, no podia dejar de ser el mas feliz. Raras veces se ha ofrecido á los ojos y á la veneracion del mundo virtud mas heroica en este estado. Prevenidos los dos castos esposos con aquellas gracias especiales que están destinadas para hacer los mayores Santos, convinieron recíprocamente el primer dia de la boda en guardar perpetua castidad, consagrando á Dios su pureza. Encantó al cielo (séame licito hablar de esta manera) una virtud tan rara y tan heroica. Estimulada por su parte la liberalidad del Señor, derramó á manos llenas los mas singulares favores sobre aquellas almas privilegiadas. Son fáciles de comprender los maravillosos progresos que harian desde entonces en el camino de la perfeccion, y cual seria su corté á vista de tales principes.

Resuelto el emperador Enrique á pasar á Roma para recibir la corona imperial de mano del papa Benedicto VIII, quiso que le acompañase en este viaje su esposa Cunegundis, para que ella tambien recibiese de la misma mano la corona de emperatriz. No

hay voces para espresar los grandes ejemplos de virtud que iban esparciéndolo por todas partes estos dos insignes dechados de la perfeccion cristiana. Almas tan puras, y tan heroicamente superiores á las miserias de la condicion humana, claro está que solo habian de emplear el amor conyugal en escitarse reciprocamente á la piedad, y al ejercicio de buenas obras correspondientes á su estado. Cunegundis era la madre de los pobres; y como nunca habia dado entrada en su cuarto á aquellas vanas diversiones, ni aquella perpetua cadena de frívolos pasatiempos en que constituyen toda su ocupacion los palaciegos y los cortesanos, dedicaba enteramente el tiempo al ejercicio de las obras de misericordia.

Muchos años habian pasado Enrique y Cunegundis en aquella perfecta union que forma la caridad, que estrecha la conformidad de dictámenes y de inclinaciones, y que perfecciona la virtud. El espíritu de Dios que igualmente los animaba, hacia en uno y en otro iguales impresiones: era una misma la inclinacion á todo lo bueno; era una misma la aversion á todo lo malo; era uno mismo el celo, uno mismo el gusto que tomaban á todas las obras de devocion; cuando el enemigo comun de la salvacion del género humano, que no podia sufrir tan rara y tan heroica virtud en medio de una corte, movió todas sus máquinas para derribarla, ó á lo menos para oscurecerla.

Atrevióse el espíritu de la maledicencia y la calumnia á la fidelidad y á la pureza de la santa emperatriz, y halló resquicio para introducir en el pecho del santo emperador la aprehension ó la sospecha; porque permitió el cielo que se dejase preocupar para acrisolar mas la virtud de Cunegundis. La castisima princesa, aconsejada únicamente con la virtud de la humildad, á que era inclinadísima, resolvió desde luego abrazar con alegría esta oscura humillacion con que la ennegrecia la calumnia. Ya su silencio y su resignacion habian hecho mas insolentes ó mas atrevidos los recelos, cuando la representaron la obligacion en que estaba de exonerar del escándalo á los pueblos, á quienes debia de justicia el ejemplo de una vida irreprehensible. Llena de segura confianza en aquel que á un mismo tiempo era protector, y testigo de su virginidad, ofreció justificarla; encomendando á la prueba del fuego, autorizada entonces por las leyes y costumbre del país, el testimonio de su inocencia.

Aquel gran Dios, que solo habia permitido fuese espuesta su fidelísima sierva á tan sensible como ruboroso exámen para purificar su virtud, y para hacer público el raro ejemplo de virginidad que tenia oculto la heroica virtud de los dos santos es-

posos, declaró la inocencia de la emperatriz con un milagro. Anduvo Cunegundis con los pies descalzos por barras encendidas sin recibir lesion alguna. Conoció el mundo el mérito de su pureza; y el emperador condenando su nimia credulidad, no perdonó medio ni diligencia para reparar la injuria que habian hecho á su castisima esposa, ó la facilidad de su genio, ó la excesiva delicadeza de su pundonor. Desde entonces se estrechó mas el casto nudo que dulcemente los unia. Convinieron ambos en edificar á nombre, y espensas comunes la catedral de Bamberg con magnificencia verdaderamente imperial: la emperatriz por sí sola fué fundadora del célebre monasterio de Benedictinos, que con el nombre de S. Miguel, fué adorno y ejemplo de la misma ciudad, y á poco tiempo despues fundó allí mismo otro segundo con la advocacion de S. Estéban; siendo muy contadas las ciudades de Alemania donde no dejase religiosos monumentos de su singular piedad.

Acometióla una enfermedad peligrosa, y luego que salió de ella, en accion de gracias fundó otro tercero monasterio de monjas Benedictinas con el título de Santa Cruz, dotándole con una magnificencia digna de tan gran princesa.

Sucedió la muerte del emperador el año de 1024, y en ella sintió la santa emperatriz el mas vivo y mas penetrante dolor, tanto que hubo menester toda su virtud para no rendirse á la fuerza del sentimiento. Libre ya de cuanto podia aprisionar su corazon en la tierra, solo anheló por el retiro para dedicar todo su espíritu al cielo.

El mismo dia en que se celebraba el cabo de año de la muerte de su bienaventurado esposo, convocó gran número de prelados para celebrar la dedicacion de la iglesia que habia edificado á sus imperiales espensas en su muy amado monasterio de Kaffungen. Asistió á la ceremonia adornada de ostentosas galas, y vestida de sus insignias imperiales. Concluido el Evangelio de la misa, se acercó al altar mayor, y ofreció un pedazo de *Lignum Crucis*, primorosamente engastado en un riquísimo relicario: despojóse despues de la púrpura, y se vistió un humilde hábito de religiosa, de color morado, que ella misma habia cosido por sus manos, y habia hecho que se le bendijesen los obispos. Cortóse los cabellos, que se guardaron en el monasterio como preciosa reliquia; echóla el velo sobre la cabeza el obispo de Paderborna, y entrególa un anillo en prendas de su desposorio con el Esposo celestial. Acabada la ceremonia de la profesion religiosa, aquella purísima heroina, á vista de toda la grandeza de la corte, y de inmenso gentío que se deshacia en lágrimas, en-

tró con despejo en el monasterio, donde pasó encerrada los quince postreros años de su vida, entregándose únicamente al ejercicio de las mas sublimes y mas heroicas virtudes.

Vivió perpetuamente en estado de religiosa particular, rendida con humilde sumision á todas sus hermanas, mirándolas á todas como si fuesen superiores. No parecia posible humildad mas profunda ni mas sincera; obediencia mas perfecta ni mas sencilla. Aunque las religiosas estaban igualmente confundidas que mortificadas, al ver á una princesa tan grande dedicada con tanto gusto á los oficios mas bajos de la religion, era preciso condescender con las ansiosas instancias de su humildísimo genio, y darla licencia para que no se emplease en otros.

Las horas que no la ocupaban otras obligaciones mas esenciales ya se sabia que todas se habian de dar á la oracion ó á la asistencia de las enfermas. Su admirable dulzura, su serenidad inalterable, su devocion y su modestia avivaban el fervor en todas las religiosas. Era extrema su mortificacion, arrimándose á la raya de escesia, y vivia al parecer de milagro. Al fin, la naturaleza se dió por entendida, y fué necesario ceder á la suma debilidad á que la redujeron sus rigorosas penitencias, y sus continuas vigiliias. Recibió los postreros Sacramentos de la Iglesia con aquella tierna devocion, y con aquellos consuelos interiores, que tiene Jesucristo reservados como de justicia para sus dignas esposas. Luego que se reconoció, y se divulgó el peligro de perder aquel inestimable tesoro, no solo en todo el monasterio, sino en toda la ciudad de Casel no se oian mas que suspiros, sollozos, lágrimas y rogativas al cielo por la salud de la Santa: pero era ya llegado el tiempo de que fuese á recibir el premio de sus heroicas virtudes, y á tomar posesion del elevado grado de gloria donde son colocadas las santas virgenes. Pocos momentos antes de espirar reparó que andaban las monjas disponiendo un rico paño negro bordado de oro para adornar el féretro donde habia de esponderse su cadáver. Afligióse tanto que despues de muerta quisiesen tratar como emperatriz á la que habia vivido, y estaba para morir como pobre religiosa, que inmutado repentinamente su apacibilísimo semblante, no se serenó hasta que la dieron palabra de que seria enterrada sin la menor distincion como todas las demás. Murió el dia 3 de marzo del año 1040, y conducido su santo cuerpo á Bamberg, la honró Dios con la gloria de los milagros despues de muerta, cuyo don la habia concedido cuando viva. Ciento y sesenta años despues, conviene á saber, el de 1200, la puso en el catálogo de los Santos, con la solemnidad acostumbrada, el papa Inocencio III.

SAN EMETERIO, MÁRTIR, LLAMADO VULGARMENTE SAN MADÍ.

SAN Emeterio, ó como se dice, S. Madi, nació, segun se cree, en el principado de Cataluña, en la parroquia llamada de su nombre no léjos de Barcelona. Siendo de tierna edad aprendió el oficio de labrador. Poseia una casita junto al camino público, y labrando sus tierras pasaba su vida pobre aunque tranquila. Pero vino á turbarla el rey godo Eurico, quien talando y destruyendo cuanto se le presentaba, llegó á Tarragona que tomó á viva fuerza; y cuando ya no tuvo romanos que conquistar, dirigió sus furias contra los católicos, que no querian abrazar la secta de Arrio, que él profesaba. Y sabiendo que S. Severo, entonces obispo de Barcelona, conservaba entre sus ovejas la fe de Jesucristo con sus predicaciones y santa vida, mandóle un preboste para que le obligase á seguir su doctrina ó quitarle la vida. Llegado pues este tirano á dicha ciudad, intentó atormentar al santo prelado, á fin de intimidar así á su rebaño; mas avisado con tiempo S. Severo, creyó deber seguir entonces el consejo de Jesucristo, que dice: si os persiguen en una ciudad, huid á otra; se ausentó de Barcelona y se fué á un lugar llamado antiguamente el castillo de Octaviano, y ahora S. Cucufate, y en el camino halló á nuestro bienaventurado Emeterio, ó Madi, quien á la sazón estaba sembrando habas. El bendito obispo le dió razon de su viaje, diciéndole como el mal rey Eurico pretendia obligar á los católicos á seguir la herejía de Arrio, que el mismo rey profesaba, y que por ello él huía al castillo de Octaviano, donde pensaba aguardar á los satélites de Eurico, que entendia habian de ir luego en su busca. Añadióle que si le preguntaban por él, que les dijese el lugar donde le hallarian. Obró Dios entonces un milagro con el bienaventurado S. Emeterio: porque en un momento de tiempo crecieron y florecieron aquellas habas que sembraba. Llegaron pues los perseguidores y pidieron por el santo obispo. Respondió Emeterio que por allí habia pasado, cuando él sembraba aquellas habas que entonces estaban florecidas, y les declaró el lugar donde le hallarian. Los ministros creyendo se burlaba de ellos, y sospechando que tambien seria católico, se lo llevaron preso adonde estaba entonces S. Severo; y echando en el santo prelado las manos, los llevaron á entrambos al lugar inmediato. Allí azotaron fieramente á dichos mártires con plomadas. Y perseverando ellos en la fe, á S. Severo hincaron un grueso clavo por la frente, y dego-

llaron á S. Emeterio. Aconteció la muerte de este glorioso Santo en 6 de noviembre cerca de los años del Señor 480, reinando en Cataluña y toda España el ya nombrado rey godo Eurico. Los cristianos vecinos del lugar del martirio tomaron los santos cuerpos y los sepultaron en una capilla que estaba allí inmediata, y despues con el tiempo fué trasladado el cuerpo de S. Severo al monasterio de S. Cucufate. Pero el de S. Emeterio se ignora donde está. Puédese creer que está sepultado en el mismo monasterio de S. Cucufate, ó en la primera capilla donde fueron sepultados la primera vez. Cerca de S. Cucufate hay una iglesia parroquial llamada S. Madi, donde tienen á este bienaventurado por patron, y celébrase su fiesta en tal dia como hoy con gran solemnidad y gran concurso de gentes.

*La Misa del dia es de la Dominica precedente, y la oracion se halla en las Actas antiguas de la vida de Santa Cunegundis, y es como se sigue :*

O Dios, que entre las demás maravillas de tu poder, hiciste tan sobresaliente en todo género de virtudes, y en todo género de estados á tu sierva la santa virgen Cunegundis, que aun en el matrimonio no perdió la hermosa flor de la virginidad, y en la viudez, tomando el hábito de religiosa, nos

fué á todos brillante ejemplar de toda perfeccion por la santidad de su vida; concédenos por sus merecimientos, que nos alentemos, segun nuestra flaqueza, á imitar los asombrosos ejemplos de aquella, en cuyas dignas alabanzas deseamos emplearnos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es de la primera del Apóstol S. Pablo á los Corintios, cap. 7.*

Hermanos: yo quiero que todos vosotros os conserveis como yo; pero cada uno recibe el don propio de Dios, que le concede de diversas maneras. Digo, pues, á los no casados, y á las viudas, que les es bueno permanecer así, como yo. Pero si no pueden contenerse, contraigan ma-

trimonio; porque es mejor en este caso casarse, que abrasarse. A los casados mando, no yo, sino el Señor, que no se separe la mujer de su marido; mas si se aparta, permanezca sin casarse, ó se reconcilie con su esposo; y éste no deje á su mujer.

## REFLEXIONES.

Es la virginidad un don preciosísimo del cielo. ¡O cuantos ignoran lo que vale este don, y qué pocos son los que comprenden sus preciosidades! Siempre fué de gran veneracion en la Iglesia el estado de las vírgenes. ¿Por ventura hay otro mas perfecto, ni mas santo? Aquel eminente grado de gloria, que se le destina en el cielo; aquel seguir mas de cerca al Cordero immaculado, aquel augusto título de esposas de Jesucristo, singularmente propio del estado de las vírgenes, hacen formar una alta idea de este privilegiadísimo estado á un corazon puro, á una alma verdaderamente cristiana. *Pero el hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios.* No será mucho decir, que la herencia, ó como la legítima de estas almas tan especialmente distinguidas, es el gustar las cosas espirituales mas sublimes, es el experimentar las delicias mas puras, es el penetrar los misterios mas reservados. ¡Qué tranquilidad mas dulce que la suya! ¡qué cielo mas sereno! ¡qué calma mas sosegada! Es muy dulce, es muy feliz la vida casta para quien solo estudia en dar gusto al Esposo celestial. *Sed non omnes capiunt istud;* pero no es para todos el comprender esta dicha. ¡Mas ay de aquellos, que por su mala correspondencia se han hecho indignos de comprenderla! Convengo en que la virginidad, siendo estado mas perfecto, es de puro consejo; pero la pureza, pero la castidad, siendo necesaria á todo cristiano, es de riguroso precepto en todos los estados. El Apóstol S. Pablo deseaba que todos fuesen castos como él: *Volo omnes vos esse sicut me ipsum*: mas para eso era menester castigar su cuerpo, sujetarle, reducirle á servidumbre, como él le reducía. No se conserva esta hermosa flor sino cercada de espinas: un leve soplo, el vaho del aliento bastan para marchitarla. Pureza sin mortificación no hay que buscarla. Si son pocos los matrimonios felices, es porque son muy raros los matrimonios santos. Son poco cristianos los motivos, son poco loables las disposiciones con que comunmente se abraza un estado donde se atropellan las cruces, y no hierven menos los peligros de la salvacion. Es cierto que cuando S. Pedro llama á los cristianos *Pueblo escogido; Nacion santa;* y cuando S. Pablo dice que Jesucristo quiso que su Iglesia fuese sin mancha, y sin ruga, uno y otro comprendieron en ella á los casados. Así como la Iglesia está sujeta á Jesucristo, dice el Apóstol, así las mujeres deben estarlo en todas cosas á sus maridos; pero tambien los maridos deben amar á sus mujeres como



Jesucristo ama á su Iglesia. ¡Qué bellas comparaciones! ¡qué semejanzas tan significativas! ¡y qué lecciones tan vergonzosas para tantos malos casados! ¿Qué quiere decir esa mala inteligencia, esa antipatía natural, esa oposicion de genios, esa contradiccion de dictámenes, que engendran la aversion, y tal vez una guerra declarada entre aquellos, cuyos corazones debieran estar tan estrechamente unidos? ¿Qué significan esos divorcios, esas separaciones tan frecuentes el dia de hoy entre dos personas que juntó el mismo Dios? ¡Y despues de esto nos admiraremos de las desgracias que inundan las familias! ¡y despues de esto nos admiraremos de ver tantos hijos mal criados! ¡y despues de esto nos admiraremos de que sean tantos los que se condenan en el mundo! Ciertamente mas nos debiera admirar si sucediese lo contrario.

*El Evangelio es del cap. 11 de S. Mateo.*

En tiempo de la predicacion ran de él; así lo anunciaron todos los profetas, y la ley hasta Juan. Y si quereis recibirlo, él es Elías que ha de venir. El fuerza el reino de los cielos, y que tiene oidos para oír, oiga-

### MEDITACION.

*De la violencia que todos deben hacer para salvarse.*

PUNTO PRIMERO. — Considera, que el Salvador ni exageró, ni ponderó mas de lo justo la moral de su Evangelio, cuando aseguró: que el reino de los cielos padece fuerza, y que solamente los que se hacen violencia le conquistan. Con efecto, las dificultades de la salvacion son reales y efectivas: el camino es muy estrecho, todo está cubierto de enemigos, y casi á cada paso se tropieza con un estorbo. Si fué menester que Jesucristo padeciese para entrar en su gloria; ¿quién puede racionalmente prometerse entrar en ella sin padecer?

¿Qué significan tantas figuras, tantas parábolas, y todas tan espresivas, de que se vale el Salvador para hacernos concebir una idea cabal de la dificultad de la salvacion? Unas veces el reino de los cielos es un convite general á que todo el mundo es convidado sin escepcion de personas; pero á nadie se le admite escusa alguna, ni ocupaciones, ni atenciones, ni diversiones

nes apalabradas. Otras, es una guerra sangrienta, y en ella, ¿cuantas batallas se han de presentar, cuantos ataques se han de resistir, cuantos trabajos se han de tolerar para llegar á vencer? Otras, es un edificio sólido, y macizo, que es menester levantar á toda costa. Otras, es un magnifico palacio, cuyo fundamento y piedra angular es el mismo Hijo de Dios: ¡pero qué gastos, qué fatigas ha de costar el acabarle! ¡qué unidas, qué ajustadas, qué tersas, qué pulidas han de estar todas las piedras que le componen! Si es la dracma perdida, es necesario remover, volver de arriba abajo todos los trastos, todos los muebles de la casa para encontrarla. Si es una renta que se ha dado en arriendo, se pide cuenta estrechísima al arrendatario. Si es una preciosa margarita, se ha de vender todo lo demás para comprarla. Si es una herencia que Jesucristo deja á sus escogidos, no se puede tomar posesion de ella, sino por medio de la cruz. En fin, si son las vírgenes que esperan al Esposo; ¡ó buen Dios! ¡qué desvelos! ¡qué vigilancia! ¡qué providencias! ¡qué provisiones para no hallarse despues desairadas! ¡qué pureza de alma y cuerpo! ¡qué rendimiento de espíritu! ¡qué mortificacion continua de pasiones y de sentidos! ¡qué abnegacion de sí mismas! Esta es la ley; esta es la religion; este es el único camino que lleva al cielo. No solamente no hay salvacion fuera de la religion de Jesucristo; pero tampoco la hay dentro de la misma religion, sino por el camino que el mismo Jesucristo nos dejó señalado. Ahora pregunto: ¿las reglas que sigo, el camino por donde ando, y las máximas que observo son las de Jesucristo?

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que para comprender bien lo mucho que es menester combatir, y lo mucho que necesariamente ha de costar la victoria en punto de salvacion, no hay mas que conocer lo que es nuestra religion, y lo que es el corazon humano. Pero esto harto bien lo sabemos por nuestra propia esperiencia. ¿Mas cuando ha de llegar el tiempo de que discurremos como prudentes y como racionales sobre dos principios tan conocidos?

El negocio de la salvacion es un negocio arduo, espinoso, delicado. ¿Cuanto tiempo dedicamos á este importantísimo negocio? En él todo es peligro, todo lazo; apenas hay abrigo, no hay seguridad alguna, hasta la misma calma es sospechosa. Nosotros mismos somos nuestra mayor tentacion; nuestro propio corazon nos vende, y del fondo de él nacen las mas furiosas tempestades: los malos ejemplos se engruesan en torrentes, la corrupcion general apenas asusta á nadie. ¿Qué se ha de inferir